





# CÓMO ME HICE ESCRITOR



*Rafael Arozarena*



DISCURSOS DE INGRESO  
*Academia Canaria de la Lengua*

ISLAS CANARIAS

2001

© Academia Canaria de la Lengua  
© Rafael Arozarena

*Diseño de colección:*  
Bernardo Chevilly

*Fotomecánica e impresión:*  
Litografía Romero, S. A.

Dep. Legal: TF. 1.338-2002

ISBN: 84-96059-01-4

ME GUSTARÍA comenzar contestando a la pregunta que tanto suele hacerse a los poetas y escritores sobre si el artista nace o se hace. Será como dirigirme con toda humildad a un confesionario o presentarme nuevamente a examen con una lección nunca bien aprendida. Porque en verdad, ante la pregunta de si se nace poeta entraría en los lógicos titubeos de mi ignorancia. De cierto podría argumentar que el hombre sólo engendra al hombre y que un recién nacido es a todas luces un desmemoriado y sus pensamientos se irán creando al azar mientras selecciona los objetos que, en una total anarquía, surgen en derredor. Serán sus primeros juguetes mentales aquellos que por su brillo, tacto o colorido, rocen su sensibilidad, provocando el rechazo, la curiosidad o el amor.

Buen cuidado pusieron nuestros progenitores, con supuestos conocimientos pedagógicos, en ordenar aquella juguetería de nuestra infancia que más pudiera repercutir en la educación para una vida que ya debía estar signada por el triunfalismo, la fuerza y la fortuna. Una juguetería que puede ser utilizada y conservada ordenadamente por la criatura sumisa, o como en mi caso particular, lanzada por la ventana.

Es curioso y duele contemplar que aquellos padres como los de ahora, pasean por el mundo unos ideales que parecen incombustibles ante el dolor, la violencia y las continuas tragedias de la historia.

Recordemos. Yo recuerdo la tan ansiada festividad de los Reyes Magos. Una fecha clave, la más importante para la planificación del futuro de los hijos. Cuando papá se queda en casa y nos vigila con ojos bien abiertos y sonrisa mefistofélica para asegurarse del trueque de nuestra inocencia por los símbolos de la victoria y el poder. Aquel precioso tanque azul que llegaba hasta el final del pasillo enarbolando una banderita ame-

ricana y vomitando fuego por los cuatro costados... o escoger la camiseta del Barça, del Atlético de Bilbao o la del Real Madrid, campeón.

Acaso algún día se repita entre aplausos aquél primer gol que dio al traste con la litografía del Cristo velazqueño, que el niño confundió con un guardameta del equipo contrario

Escopetas de cañones recortados, pistolas, revólveres de tipo colts del Oeste, metralletas y bombas componen un completo arsenal que pronto es hábilmente manejado y escogido con sabiduría para sus diferentes usos infantiles, como asustar de muerte al abuelo, simular el atraco de un banco, matar al hijo del vecino, herir palomas de paso, o soñar con el ingreso en las filas de ETA.

¿Cuál de los bondadosos reyes orientales le regaló el precioso alfanje de plata? Da igual si fue Melchor, Gaspar o Hussein. Su manejo era fácil y sirvió para descabezar los geranios rojos que mamá cultivaba en el balcón.

Papá sonrío, papá puede estar seguro de que ha hecho lo suficiente para que su hijo pueda caminar en el futuro con los bolsillos llenos y la cabeza bien alzada.

¡No se le ocurra al infante rechazar tantos y tan valiosos símbolos para su futuro! ¡Que no se atreva a decir que él desea ser poeta y sólo necesita un lápiz y una cuartilla de papel!

Papá dirá que no hay porqué exagerar las cosas y que para ser escritor no hace falta forzosamente ser pobre. Papá ignora que para vivir en la pobreza, si hace falta ser escritor.

Dejemos por ahora esta cuestión que en verdad sólo puede ser sostenida por los mejores deseos que hacia nosotros tienen nuestros padres para dirigirnos hacia ese “paraíso” de felicidad, conformismo y riqueza que ellos “disfrutan”.

Es creencia general y acertada que el ambiente del hogar donde hemos sido educados ejerce una influencia principal en nuestros destinos. Puede ser el horno donde se cuecen nuestros mejores apetitos y cristalizan los gestos y decisiones que tomamos en la vida.

En todo hogar que posea un tilde de cultura debe existir un cuadro, un libro importante y una flor.



Tuve yo la suerte de tener en mi infancia una nutrida biblioteca, un jardín y una abuela liberal. Leyendo autobiografías de escritores o poetas, es frecuente encontrarse con un hecho inherente a la mayoría. Casi todos confiesan haber buscado en su infancia un rincón, ya sea fantasmal cuchitril de la vivienda o sombra oscura de trepadora en el jardín donde dar suelta a un llanto sentido e incomprensible.

Creo firmemente en esta lágrima del niño escritor. Veo en ella la tinta más transparente y sincera con la que el poeta se inicia. Digo que también yo tuve aquel desahogo pre-creador que siempre fue bien acogido sobre el luto de las haldas de mi abuela; mujer que en su mundo solitario y apartado comulgaba conmigo en juegos y razones diferentes a las impuestas por el ambiente sensato familiar.

Así el recuerdo de la celebración del día de los Reyes Magos, cuando ya próximo el anochecer, mi abuela bajaba al huerto un gran globo confeccionado por ella misma con papeles de diversos colores y que ante mi expectación

infantil, encendía, haciendo que se desprendiera de sus manos y se dirigiera al cielo llevando a remolque un muñeco de trapo, imitación de Pierrot, mientras decía alegre, pícaro y sentenciosa mirándome: ¡A la luna que es lo tuyo!

De atrás venía la frase que siempre me llenaba de lágrimas los ojos.

Pues ciertamente tenía que estar en la luna cuando aun sin saber leer repasaba los grandes tomos de las revistas *La Ilustración Ibérica* o *La Ilustración Artística* y me detenía a contemplar extasiado las columnas que en sus páginas formaban los versos de Trueba, Zorrilla o Campoamor. Alguien me aclaró que aquellas ringleras que tanto me extrañaban contenían la rica esencia poética. No tardé en emborronar las cartillas, cuidando de imitar aquella columnas a base de incomprensibles garabatos de un analfabeto.

Fue mi abuela quien tuvo la visión especial para tratar con gran delicadeza la expectación que adivinaba en mis ojos, cuando presentándole mis cuartillas le pregunté ¿Qué es esto abue-

la?. Esto es poesía, respondió, y quiere decir que tu eres poeta.

Me dio un beso y me encargó un nuevo poema.

Curioso es para mi el hecho de que en la actualidad mi poética haya recuperado aquél magnífico tesoro de incomprendibilidad o abstracción donde por primera vez sentí la profundidad mágica de la poesía.

Es posible que por este examen de conciencia hayan pasado la mayoría de los poetas, pues no creo en la facilidad de comprensión de la que alardea el erudito cuando trata de analizar o explicar los íntimos arcanos contenidos en versos de poetas tan especiales como García Lorca en su obra Poeta en Nueva York o los aparentemente más claros significados de los versos de Aleixandre en "Espadas como labios". En la referencia a estos dos autores englobaría la totalidad de los poetas que poseen las claves de un canto mas dirigido a la misericordia de los dioses que a la crítica del hombre.

Se me hace difícil trasladar a ustedes el pensamiento de que no es la palabra escrita y ordena-

damente colocada la que hace una novela. No creo que la literatura haya creado El Quijote, creo más bien que fue el propio Don Quijote quien tras meterse en la mente de Cervantes, desnudo aún de la palabra, creó o hizo crear la literatura española aunque no podríamos entenderlo del todo. El Hidalgo y Sancho pueden prescindir de aquellos garabatos que para nosotros significa los caracteres chinos de una traducción.

¿Qué había encontrado yo tras aquellas misteriosas columnas de extraños signos descubiertas en las revistas de La Ilustración? Recuerdo perfectamente que no deseaba cantar algo ni contar nada ni dejar mensajes. Hoy en día tengo la convicción de que aquellos abstractos reguerrillos de hormigas, sin más, contienen la clave de mi poesía más pura.

Pienso si será cierto esto, si nosotros mismos, los poetas, no estamos capacitados para entender la poesía. También se me ocurre pensar que sería una vanidosa pretensión si aseguro que soy yo el que hace la poesía, sin tener en cuenta que es la poesía quien proviniendo de la poesía, es capaz de hacerme.

Podríamos acudir al consejo de Sancho: menos palabras y más razón. Mas para la poesía tendríamos que limar en la frase todo sentido materialista. Así mejor sería: menos palabras y menos razón.

Puede entenderse el conjunto de mis expresiones como si se tratara de una invitación a la creación literaria, pues brindo el suficiente entusiasmo para que en cualquier momento, en cualquier situación, cualquier persona pueda establecerse como un creador literario, ya que para obtener esta patente de curso ni siquiera, como he dicho, sería necesaria la comprensión por parte de un lector.

Nuestro empeño se cifra en una fórmula poética que no debe entenderse con la claridad de las matemáticas domésticas que sólo expresan que dos más dos son igual a cuatro.

Surge ya tras estos precipitados conceptos otra de las preguntas contenidas en el título de esta charla. Si la poesía, según parece, es tan etérea, insustancial, invisible e incomprensible, ¿qué motiva al poeta para escribir?

Sabemos los creadores de literatura que somos arrastrados por especiales caballos difíciles de dominar. Tanto la poesía como la novela se producen en unos extralímites de costosa exploración.

¿De dónde provienen los estímulos para emprender el camino literario? Es importante aquí recordar algunas motivaciones que hicieron posible los principios de afamados autores. Recordamos por ejemplo que en muchos bastó un deseo de confesión amorosa para luego continuar una trayectoria literaria (Flaubert, Sábato, Bioy Casares, etc.), otros comenzaron por una necesidad de protesta social, mas todos ellos recuerdan haber tenido lo que Mallarmé cita como “nido para el vuelo” cuando se refiere a un hogar en la infancia.

Como hemos podido ver, la vocación literaria se añade al hombre después de las primeras sensaciones vitales. No se requiere para ser literato, mejor dicho, artista o poeta, saber leer o escribir, pues estos posteriores conocimientos sin más, quedarían en un calzado un tanto de alpargata que podría ser negado para pisar una alfombra.

Así decía Pascualillo el de Cela que a los doce años de edad había dejado la escuela, pues ya sabía leer y escribir y sumar y restar y en realidad para manejárselas en la vida ya tenía bastante.

Deben ser conscientes de la magnífica labor que ante sí tienen los profesores de literatura, en quienes descansa la responsabilidad cultural, literaria de todo un pueblo.

No se debe —y en verdad no se puede— hacer una síntesis de una obra literaria. Pensemos que es tan estúpido presentar el Quijote en forma de comic como llevarlo a la pantalla de cine o televisión. Podemos imaginar la aberración intelectual que significaría “La montaña mágica”, aliviada de conversaciones por el tamiz analfabético de las Selecciones del Reader-Digest. Todo esto sería algo así como exponer para su contemplación la corona de Inglaterra desprovista de su valiosa pedrería.

Antes de cometer los citados desmanes hay que entender que las grandes joyas de la literatura universal no pueden ser captadas por un público que no esté preparado culturalmente

para recibir y entender la belleza o profundidad de una frase surgida del genio de un Proust, de Joyce o de Thomas Mann.

Tuve yo la suerte de disfrutar durante mi bachillerato de pésimos profesores de matemáticas y magníficos enseñantes de literatura, con lo que me convertí en un curioso olisqueador de las letras y constante olvidadizo de las ciencias exactas.

Aparte del ambiente familiar de la infancia hay que tener en cuenta las diferentes influencias que actúan posteriormente en el niño ya hombre que se ve precipitado a la amistad y las disciplinas de los estudios, principalmente de bachillerato, donde debe prepararse para el gran salto de la Universidad. Me ha parecido siempre que esta zona de estudios es la que debe contener mayor intensidad de enseñanza, pues en gran parte será decisiva en la elección de los grandes caminos que resolverán la vida de cada cual.

Es la franja donde se pueda hablar del éxito o del fracaso escolar. También, por qué no, se hablará del éxito o el fracaso del profesor. Po-



demos recordar todas aquellas nociones de literatura basadas en el conocimiento de la frase de Fray Luis de León, “como decíamos ayer” o la archirrepetida cita del copista del poema del Cid, “un tal Per Abat” y tantas otras flacas se-cuelas de un pintoresquismo literario más propio del patio de Monopodio que del aula responsable de un Instituto.

Quizá fuera sana prudencia por parte del profesorado de mi época estudiantil, la restricción de una enseñanza completa de los autores, de los que sólo teníamos que aprender el título de alguna obra y la fecha, eso sí, del nacimiento y el óbito.

No cabe duda de que, con estos métodos de enseñanza, los escritores o poetas se convertían en simples estatuas de yeso para adorno de la plaza del pueblo y cuya obra seguirá ignorada para bien de los opositores a cátedra de literatura.

Estatuas de yeso, sí, frías esculturas de rostros desconocidos y ojos ahuecados donde ya es imposible que anide la grandeza de algún pensamiento que se pueda identificar con el personaje.

No le molesta al poeta o escritor que le hayan colocado sobre un pedestal, moléstale que la gente ignore la obra, cualquiera que sea, que noblemente legó a su pueblo.

Fue por la época de mi bachillerato cuando tomé la decisión más firme de mi vida. Quería ser poeta y así se lo dije a mi padre que vio como en un momento se hacían trizas las grandes ilusiones que había puesto en mí como heredero de su maletín de cirujano.

-No conozco ningún poeta que tenga coche-me dijo, para desconsolarme, esperando quizá que desistiera en mi empeño de irme a vivir con aquella loca desconocida que me acompaña hasta ahora y sigue siendo díscola e incomprendida por mí, que soy el poeta y ella la poesía. El novelista cubano Lezama Lima, encabeza uno de sus trabajos confesando su estupor ante el fenómeno poético. "Es para mí el primer asombro de la poesía que, sumergida en el mundo prelógico, no sea nunca ilógica".

Hay un empeño constante por parte de los lectores de poesía en que ésta permanezca en su

jaula de claridad y razón, como si de la prosa se tratara, como si tuviera la obligación de definir de manera exacta, matemática, sólida y material, la cáscara de la naranja o el cristal de la botella.

Pero la poesía actual se escapa de nuestros dedos como el aire y queda libre, habitando en la gran oquedad del mundo donde forma la esencia real e inalienable de las cosas.

La poesía abarca más de lo que podemos abarcar. El poeta cambia sus versos para crear una nueva manifestación de contacto con el mundo actual, porque el mundo actual cambia con rapidez y el poeta debe estar al tanto de esa metamorfosis continua de hoy para mañana.

Estancarse en un modelo que simplemente agrada y que nos ha salido bien, es como sentarnos en la silla eléctrica confundida con la poltrona de nuestra futura gloria.

El poeta intenta lograr el poema perfecto, deslumbrador, con el que pueda ser bautizado poeta. El no va más, que también significaría el no puedo más.

Por suerte para mi, no he logrado ese poema. Es posible que no lo busque. En diversas oca-

siones he confirmado que mi poesía no ha comenzado aún. Tengo por cierto que mi poeta se hace a diario. No tengo pasado sin olvido ni futuro por hacer.

Los caballos de la poesía van delante de nosotros y galopan. Dejemos que galopen porque cuanto más veloces sean cruzaremos un mayor número de paisajes que aunque no podamos entender uno por uno, sí podremos captar las esencias de las sensaciones abstractas, invisibles y tan reates como el viento, la belleza, la vida y la libertad.

En poesía, la renovación constante es de prima necesidad. Avancemos en libertad. El desfreno de nuestra voz deberá sorprendernos. El estatismo limita de tal manera al poeta que lo lleva a su entera pudrición.

El escritor y ensayista soviético Víctor Sklovski, toca este tema y nos dice que: “la poesía cambia precisamente para que esta sensación de transformación pueda perpetuarse. Cuando un modelo envejece deja de suministrar mensajes: una mujer que lleva siempre el

mismo vestido acabará por aburrirla aunque la favorezca. Dejará de gustarle. Una mujer cambia de vestido para darse a conocer. Y el hombre la desea siempre diversa, como lo es él mismo. El poeta cambia sus versos para crear nuevas manifestaciones de contacto con el mundo”.

Hemos de tener en cuenta también que el poeta debe ser lo más parecido al ignorante. El no debe “saber” del objeto que canta. Tiene que sufrir el procedimiento encandilante. Es un deber de creador. El poema debe ser el cómo y no el qué; igual que en un cuadro las manzanas no existen sino su representación en nuestro ánimo que el pintor plasmó.

En las artes puras como la música, la pintura y la poesía, de lo que se trata, si lo pensamos bien, es de atrapar, no las cosas ni los hechos sino sus fantasmas esenciales y sugeridores establecidos en el hombre.

Antes, ahora y después el poeta tiene que dar noticia de su alimentación espiritual, su cultura, su cultivo.

En todos los tiempos, la mesa ha estado servida y tarde o temprano el poeta recibe su invitación. Con la cuartilla por mantel, el poeta debe estar atento a los cambios habidos y adecuar su paladar a los alimentos más frescos, observar que el vaso de cristal se ha caído al suelo y se ha roto y la rosa está muerta y que es inútil recitar palabras de amor bajo la luna porque ya los americanos convirtieron nuestro romántico satélite en una patata “chip”.

Si para Goethe la poesía, como el arte, era la expresión de lo infinito dentro de lo finito, justificamos como poético el pensamiento del ángel niño que pretendía verter el mar en un gongo de arena.

Y es que la poesía es inalcanzable y tenemos que contentarnos convirtiéndola finalmente en una “voluntad de lo imposible”.

Se preguntarán ustedes si al despojar al poeta de la rosa, la luna, los nenúfares, rubíes y tantos objetos de valor representativo de la belleza o el amor, como el corazón y la flecha, estaremos perdiendo el clásico sabor exigible para

la comunicación poética; si estamos rechazando la demanda de los lectores. Yo diría que sí, que hoy el poeta tiene el deber de enterrar tan vulgares y manidas joyas como el hombre tiene el deber de enterrar a sus muertos.

La verdadera comunicación de la poesía llegará por otros medios que no sean la soberbia de ofrecer lo aprendido y harto sabido de todos. El poeta actual ya no podrá presidir la sociedad como personaje perteneciente a una élite. Su puesto es más humilde y terrible a la vez. El es el simple traductor intermediario de la comunicación entre la Humanidad y sus mundos inéditos, entre los dioses y el hombre, entre él mismo y sus fantasmas.

¿Será la literatura y especialmente la poesía nada para nada? ¿Acaso un simple discurrir a través de la existencia sin fijación de meta alguna? Yo mismo me pregunto por qué escribo y no sé responderme.

La respuesta podría llegarme al recordar la anécdota que Alejandro Dumas cuenta en su biografía, cuando, en su infancia, fue sorprendi-

do por un profesor mientras lloraba, medio oculto, en el jardín del Colegio.

¿Por qué llora Dumas? –preguntó el maestro.

Y el niño contestó: –Dumas llora porque tiene lágrimas.

Rafael AROZARENA